

Don Enrique y Doña Ana, que en un tiempo habían tenido amores, que se habían dejado de ver repentinamente de una manera tan extraña, cuando sus ilusiones estaban vivas y ardientes, y que habían vivido los dos en una especie de retraimiento de la sociedad, sintieron animarse en aquellos momentos sus corazones.

Sería preciso no ser hombre para no comprender esto.

Doña Ana y Don Enrique permanecieron abrazados sin hablarse por algunos instantes.

Para los marineros y para los esclavos, aquella escena nada tenía de interesante; dos conocidos que se abrazaban después de una larga ausencia.

Los marineros seguían bogando con indiferencia, los esclavos aun no volvían en sí de su espanto, y se hablaban en voz baja sin cuidarse de su señora.

El bote tocaba la playa.

—Hemos llegado—dijo uno de los bogas.

Don Enrique salió, ofreciendo su mano á Doña Ana, que hizo lo mismo, y los esclavos la siguieron.

Don Enrique miró en derredor, y muy cerca se levantaba la cabaña de José.

—¿Nos vamos?—dijo un boga.

—Esperad—contestó Don Enrique, y luego dirigiéndose á Doña Ana, le dijo:—Doña Ana, desearia hablaros.

La jóven se adelantó, y ambos se apartaron del grupo que formaban marineros y esclavos.

—Señora—le dijo Don Enrique—no es este el momento de entrar en explicaciones de saber vos cómo me encuentro aquí, ni de preguntaros cómo habeis venido; el placer de haberos visto, Doña Ana, es tan grande para mi corazón, que vos le comprendereis sin que mi lengua os lo revele.

## V.

## Una chispa entre las cenizas.

**B**RAZO-DE-ACERO ó Don Enrique Ruiz de Mendilueta, como le llamaremos en lo de adelante, puesto que ya sabemos su verdadero nombre, abrió los brazos, y Doña Ana se arrojó llorando en ellos.

Ni una sombra, ni un recuerdo, ni un reflejo siquiera de las antiguas sospechas cruzó por aquellas dos almas, que no sintieron sino el placer de haberse encontrado otra vez, y en momentos tan supremos, sobre la tierra.

Era natural; cualquiera que haya estado lejos de su patria algun tiempo, comprende cuán grande es el placer que se siente al encontrar en apartadas regiones, no solo un amigo ó un pariente, sino un simple conocido, un hombre de quien no se sabe mas sino que es un compatriota; entonces toda ofensa anterior, aun cuando exista, se olvida, y seria necesario un odio terrible y un motivo muy poderoso para no arrojarse en los brazos de aquel hombre, sintiendo por él la ternura de un hermano.

—Don Enrique, Dios me guardaba la inefable dicha de encontraros en el momento en que debíais salvarme la vida, para que yo viera en vos, no al amante á quien ofendí en otro tiempo, sino al ángel salvador de mi existencia. Si no guardara para vos otro afecto en mi corazón, os hablaria de mi eterno agradecimiento.....

—Doña Ana, no habéis de eso; solo Dios sabe lo que será de nosotros mañana; oidme, señora: ¿pensáis penetrar en la ciudad?

—Sí, volver á mi casa, que por desgracia no puedo ofrecer, por razones que despues sabreis; pero decidme adónde quereis que os busque mañana, y os buscaré, os lo juro, aunque sea en medio de los bosques.....

—Señora, mañana quién sabe lo que será de nosotros.....

—¿Qué quereis decir? ese tono, esas palabras, me espantan.

—Silencio, Doña Ana. Voy á hablaros con franqueza: no me conviene que nadie sepa que estoy aquí, ni lo que ha pasado entre nosotros.....

—Y por mi parte, si quereis que os guarde ese secreto, os juro que nadie lo sabrá.....

—Lo creo; pero ¿y esos esclavos? ¿estais segura de su discrecion?

—No; esos esclavos, impresionados por el peligro que han corrido, lo referirán á todo el mundo, y todo el mundo sabria en la ciudad antes de cuatro horas cuanto ha pasado.....

—Eso seria fatal para mí.....

—Entonces, ¿qué quereis que haga? ordenad, yo estoy pronta á dar por vos la vida misma.....

—Señora, perdonadme si insisto: ¿haríais por mí el sacrificio de no volver esta noche á la ciudad?.....

—Lo haré, si vos quereis.....

—Y los esclavos, quedándose á vuestro lado, ¿creeis que no vayan á dar aviso de lo que pasa?

—No os respondo de ello.

—Entonces el sacrificio será mayor, porque tendreis que prescindir de su compañía, y os volvereis en tal caso sola á la ciudad, ó permanecereis sola fuera de ella, porque yo necesito deshacerme de esos hombres.

—¿Matarlos?—exclamó espantada Doña Ana.

—No, señora—contestó Don Enrique con una sonrisa;—eso seria un crimen inútil.

—Entonces haced lo que os parezca.

—Perdonadme, señora, pero no puede ser de otra manera. Don Enrique llamó á uno de los marineros y le habló en voz baja.

—Está muy bien—contestó el marinero; habló á su compañero un momento, tambien en voz baja, y luego dijo dirigiéndose á los esclavos:

—Vamos, buenos mozos, al bote.

Los esclavos se miraron entre sí con espanto, y miraron luego á Doña Ana, que volvió el rostro para otro lado.

El marinero sin esperar mas, empujó bruscamente á los negros hácia el bote; el otro marinero que estaba ya adentro, los cogió de los brazos sin ceremonia, y los dos se apoderaron de sus remos, y el bote llevando á los dos esclavos prisioneros, se alejó de la playa en que quedaban Don Enrique y Doña Ana.

Doña Ana, que no sabia lo que pasaba en el corazón del jóven, esperaba, al ver desaparecer á los esclavos, que Don Enrique se arrojaría á sus piés; pero él estaba demasiado preocupado en la empresa que allí le llevaba, y pasado el pri-

mer momento de excitacion, sus pensamientos se volvieron al rumbo de la peligrosa mision que traia.

El amor propio de aquella mujer comenzó á resentirse.

—¿Y bien?—exclamó, como queriendo decir:—¿ahora, qué quereis que yo haga?

—Doña Ana, ¿preferís entrar á la ciudad, ó permanecer fuera de ella?—preguntó el jóven.

—Os he dicho que haré lo que vos dispongais; vos sois, pues, el que debe resolver esta cuestion.

—Señora, yo no deseo sino que se haga lo que os sea mas grato.

—Lo mas grato para mí será obedeceros, Don Enrique; porque ¿qué podré negaros cuando os debo la vida?

—Por Dios, Doña Ana, no recordeis eso: venid, seguidme; vamos á esa cabaña que se descubre desde aquí.

Don Enrique tomando la mano de Doña Ana, se dirigió á la cabaña de José el pescador.

Pero no habia dicho ni una palabra de amor, ni habia estrechado con alguna violencia la mano de la jóven.

—Creí—pensaba Doña Ana—que me retenia por amor, y es quizá solo por algun negocio; quién sabe! Tal vez aun no se atreva á abrirme su corazon: veremos lo que hace; larga es la noche, comienzan á caer las sombras.....

Habian llegado á la cabaña de José; era una pobre choza formada de troncos de árboles y de hojas de palma; enfrente á la puerta habia un tronco seco del que pendian algunas redes y unas velas pequeñas que se oreaban.

—¡Ah de la casa!—dijo Don Enrique sin soltar la mano de Doña Ana, que le seguia silenciosa.

—¿Qué se ofrece?—dijo saliendo del interior un hombre alto, seco, con barba cana y larga, correspondiendo perfec-

tamente con su persona á las señas que habia dado Juan Darien.

—¿Sois José el pescador?—dijo Don Enrique.

—El mismo, para servir á Dios y á sus señorías—contestó el hombre quitándose un viejo sombrero.

—¿Podré tomar un rizo?—dijo Don Enrique.

El pescador se lo quedó mirando, y luego contestó con grandes muestras de respeto:

—Y enjuncar tambien: ¿qué me ordena su señoría?

—Muchas cosas tenemos que tratar, y muy importantes; pero ante todo quisiera saber si hay por aquí cerca una casa cómoda, segura y digna de que esta señora pueda pasar allí la noche con tranquilidad.

José el pescador miró á Doña Ana; luego meditó por un momento y contestó:

—Aquí muy cerca hay una casa de campo, en la cual está tambien mi familia, una mujer ya grande y dos niñas; los dueños de la casa están en la ciudad; pero allí hay comodidades, y si su señoría gusta, podemos ir para allá inmediatamente.

—Pues vamos, porque tengo con vos un asunto muy importante, y no hay que perder un momento.

El pescador, sin cuidar de lo que dejaba en la cabaña, sin volver siquiera el rostro, echó á andar por una vereda que se internaba en el bosque.

—¿Está lejos?—preguntó Don Enrique—porque comienza á oscurecer, y esta señora no está acostumbrada á caminar así.

—Dentro de un instante estamos allá.

El pescador guiaba, y Don Enrique, siempre llevando de la mano á la jóven, lo seguia; pero todos iban silenciosos, parecia que iban huyendo.

El jóven pensaba en lo que debia hacer en la noche y á la mañana siguiente, y á su pesar se olvidaba de Doña Ana, y solo de cuando en cuando le decia:

—¿Os habeis cansado, señora?

—No—contestaba ella, y volvian á callar.

—¡Oh!—pensaba ella—todo esto es muy extraño: Don Enrique, tan galan, tan amoroso..... ¿qué pensará? ¿qué querrá hacer de mí?..... ¿se quiere deshacer de mi persona como de los esclavos?..... imposible; me habria enviado con ellos en el bote..... Me guardó aquí, no me dejó entrar en la ciudad..... es porque quiere tenerme á su lado..... porque me ama..... quizá al llegar á la quinta se arroje á mis piés..... ¡Ah! sí, sí; ¡qué felices vamos á ser! nos iremos de aquí, lejos, muy lejos; ¡es tan triste este país!

Los ladridos de los perros les anunciaron que llegaban ya á la casa de campo y que habian sido sentidos.

El pescador comenzó á silbar, y rompiendo la yerba llegaron festejosos á recibirlo tres perros pequeños.

## VI.

## El despecho.

La casa de campo se presentó á la vista de los viajeros al volver uno de los recodos del camino; la noche habia cerrado, pero era una de esas noches claras, en que los edificios se dibujan como una sombra en la oscuridad.

En algunas de las ventanas habia luz, y se advirtió que álguien se asomaba por una de ellas.

El pescador volvió á silbar.

—¿Eres tú, José?—preguntó desde la ventana una mujer.

—Yo soy, Ursula—contestó el pescador.

La cabeza de la mujer desapareció de la ventana, y una de las puertas de la casa se abrió.

—Ursula—dijo José—vienen aquí conmigo un caballero y una dama; es preciso que prepares camas y que cuanto antes les sirvan algo que cenar. Supongo, señor, que no os vendrá mal un trago de aguardiente; le tengo exquisito, y nosotros los hombres de mar necesitamos calentar un poco

el estómago. Mira, Ursula, lleva á esta señora por allá adentro, sus vestidos están empapados; y mándanos á este caballero y á mí el frasco y un par de copas.

—Venid, señora—dijo Ursula á Doña Ana—efectivamente necesitáis cambiar de trage; el agua del mar es muy pesada: vamos.

Doña Ana vaciló y miró á Don Enrique, como esperando que él le dijera algo.

—Esta señora tiene razon—dijo Enrique;—es necesario que cambiéis ese trage.

Doña Ana se puso encendida: si Don Enrique hubiera puesto mas atencion en ella, habria conocido que estaba profundamente disgustada; pero el jóven pensaba solo en que el tiempo volaba, en que nada habia hecho aún, y en que quizá en aquel momento Morgan y Juan Darien se ponian en marcha para atacar la ciudad.

Doña Ana, sin hablar una sola palabra, se levantó y siguió á Ursula; José y Don Enrique quedaron solos.

—Señor, estoy á vuestras órdenes; ¿qué teneis que decirme?—dijo José.

—Escuchad, porque el tiempo corre: esta noche deben atacar á Portobelo las tropas de Juan Morgan, con las que vienen Juan Darien y los suyos.....

—¡Dios mio!—exclamó con cierta alegría el pescador—¿es cierto? Juan Morgan, el mentado Juan Morgan, el célebre pirata, ¿viene? ¿está tan cerca? ¿viene con Juan Darien, con mi antiguo jefe? ¿estais cierto?.....

—Tan cierto estoy, que vengo comisionado por ellos para entrar de acuerdo con vos á la ciudad, para informarme de todo, y para que en caso necesario, si los españoles se resisten mas de lo que se espera, los atacemos por la espalda....

—Sí, eso es, eso es—gritó el pescador;—yo os daré gente...

—Silencio—dijo Don Enrique—pueden oirnos.

—Nadie hay aquí mas que mi mujer.

—Y esa dama.....

—¡Cómo! ¿pues no es vuestra.....

—Nada; es una dama de Portobelo.

—¿Pues cómo venia con vos?

—Ya os contaré eso otro dia; por ahora considerad que en este momento mismo quizá se ponga en marcha la gente.

—¿A qué hora piensan atacar?

—A la madrugada.

—¿Y cómo vienen, por qué caminos?

—Yo no conozco esta costa; pero la expedicion viene en barcos á desembarcar á un lugar cercano de la ciudad, que se llama la «Estera».....

—Entonces aquí.....

—¿Aquí?

—Sí, esta ensenada se llama la «Estera,» y no creo que tarden mucho; no hay que perder tiempo.

—Pues marchemos.

—Esperad; tomaremos una copa antes de marchar.

En este momento entraba Ursula con una botella y dos copas.

—Disimulad mi pregunta—dijo Enrique á Ursula mientras que José llenaba las copas—¿la dama?.....

—Está en la habitacion que sigue.

—Bien, os la recomiendo.

—Perded cuidado, que estará como en su casa.

—Por el buen éxito—dijo el pescador presentando una copa á Don Enrique.

—Por el buen éxito—contestó el jóven; y los dos vaciaron sus copas.

—Ahora, en marcha, señor Don Enrique. ¡Ah! Ursula, enciértrate bien: si esta noche llega por aquí por mar mucha gente armada, pregunta por Juan Darien, y dile que esta es la casa de José el pescador.

—¿Juan Darien?.....

—Silencio; haz lo que te digo, y adios. Cuida á esa dama.

—Adios—contestó la mujer.

José salió seguido de Don Enrique, y tomaron uno de los senderos que conducía á la ciudad.

Ursula salió á dejarlos hasta la puerta; cuando ellos se alejaron cerró perfectamente, y agregó por vía de seguridad á la puerta un gran trozo de viga.

Desde la ventana por donde se había asomado Ursula á recibir á su marido, Doña Ana observaba los movimientos de Don Enrique, y le vió desaparecer entre las sombras de la noche.

Entonces se retiró y dijo con voz ronca:

—Se va, y sin verme siquiera; es decir me ha traído aquí no porque me ame, no siquiera porque le cause yo una ilusión pasajera, no, en fin, para gozar de mi belleza, sino prisionera, para impedir que yo cuente en la ciudad que le he visto, para que no estorbe el plan que trae y que comienzo á entrever..... ¡Oh! mas me valiera haber perecido esta tarde: este hombre por quien he tenido siempre tan grande ilusión, me mira con indiferencia, me desprecia; no levanto en su pecho ni un solo deseo; me tiene en sus manos á su disposición, y ni una palabra, ni un beso..... ¡Oh! esto es espantoso; ni bonita, ni mujer siquiera le he parecido..... Y yo que le sigo, creyendo que su amor había revivido; y me aprisiona, y se marcha así..... ¡Miserable! él me la pagará, y de una manera muy cruel..... ¿Me habré puesto tan fea?

Ursula entraba en este momento.

—¿Conque ya sabeis, señora—dijo—que esta noche tendremos seguramente visitas por estos campos?

—Sí—contestó Ana procurando disimular;—he oído algo; Juan Darien.

—¿Conoceis á Juan Darien?

—No; ¿quién es?

—Vaya! sereis la única que no le ha oído nombrar. Juan Darien es uno de los mas célebres piratas; ¿no os ha hablado de él vuestro amante? ¿ó qué es vuestro ese caballero?

Doña Ana se encendió, no tanto por la vergüenza de que Ursula creyese que Don Enrique era su amante, sino porque los recuerdos de la conducta del jóven para con ella se agruparon á su mente.

Iba ya á contestar que ningun vínculo la unía con Don Enrique, cuando reflexionó que tal vez para averiguar la verdad le convenia fingir.

—Es mi esposo—dijo.

—Será; ¿y vuestro esposo no os ha hablado nunca de Juan Darien?

—Nunca.

—No os lo creo, porque él viene con ellos, á lo que parece, y vos llegais con él: ¿cómo es posible?

—Hemos estado separados mucho tiempo, y hasta esta tarde nos hemos vuelto á reunir.

—¿Y ya os había dicho que esta noche llegan aquí los piratas?

—¿Los piratas? ¿aquí?—preguntó sobresaltada Doña Ana.

—Pues, así me lo indicó José, que si por mar llegaban esta noche muchos hombres de armas, preguntara yo por Juan Darien y le dijera que esta es la casa de José el pescador.

—¿Pero qué vienen á hacer aquí esos hombres?

—¡Toma! sin duda á tomar la ciudad.

—¿A tomarla? ¿y para qué?

—Para hacerse de dinero y de muchachas, que todo eso les falta.

—Pero ¡Dios mio! ¿vos que aun sois jóven no teneis miedo?

—No; aquí ni por vos ni por mí hay que temer: yo soy la mujer de José, y vuestro marido es de ellos tambien, y eso sí, se respetan mucho unos á los otros: ya vereis gente alegre y bien dispuesta.

—¿Pero estais segura de que vendrán?

—¡Pues no! y algo de eso se fueron á arreglar nuestros pobres maridos, y sin cenar. Buen chasco se van á llevar en la ciudad; ¡cuántas ricotas amanecerán mañana mujeres de piratas!

—¿Conque esta noche?

—Ya vereis, ya vereis: vamos á cenar.

—Vamos—dijo Doña Ana, y pensó: es preciso huir de aquí y avisar en la ciudad; así me vengaré del desprecio de Don Enrique.

Y siguió á Ursula al comedor.

La cena fué ligera, y Ursula mostró á Doña Ana el aposento que le habia dedicado.

—Mirad—le dijo;—esta ventana da al campo, y por aquí podreis verlos cuando lleguen.

—¿Por dónde llegarán?

—Por aquí enfrente; ¿no veis el mar?

—Sí; ¿y por dónde queda la ciudad?

—Aquí luego, á la derecha.

—Está bien.

—Ahora descansad; yo os avisaré si oigo algo.

Ursula se retiró, y Doña Ana cerró la puerta, y se quedó escuchando hasta que estuvo cierta de que estaba ya lejos.

La ventana estaba poco distante del suelo, y Doña Ana decidida á todo.

Ató una á la otra las dos sábanas de su lecho; en uno de los extremos hizo un nudo; colgó las sábanas por la ventana, cerró uno de los batientes sobre ellas, haciendo que el nudo quedase de manera que impidiese correr las sábanas, y saliendo fuera de la ventana comenzó á descender.

Casi tocaba ya la tierra, cuando sintió que la tomaban de la cintura; dió un grito y se soltó de la improvisada escala, pero no cayó: dos brazos robustos la sostuvieron, y conoció que álguien se la llevaba.

Quiso volver á gritar; pero una mano ancha le tapó la boca.

Entonces se arrepintió de lo que habia hecho, y se creyó ya en poder de los piratas.

CAPITULO